



Taller de Bicicletas  
Butil, 20.8 x 49.2 cm  
Santiago 1957

# Nemesio en persona

MIGUEL LABORDE

Un hijo de sociedad no podía ser artista profesional en Chile. Pero los tres hermanos Antúnez Zañartu lo fueron, en medio de los prejuicios del Chile de 1930 y 1940. Aunque, como Nemesio, pasaran por una carrera formal, arquitectura en su caso; tenían carácter. Similar es la historia de los Matta Echaurren, Roberto, Sergio y Mario, otro trío que logró seguir su destino a pesar de las tremendas presiones del medio local.

Y aunque los Antúnez no reconocieran influencias familiares, lo cierto es que, por el lado materno, desde el rector de la Universidad de San Felipe, Juan Antonio Zañartu, y el "primer arquitecto chileno", Juan José de Goycolea y Zañartu —autor del Palacio de la Real Audiencia y la Iglesia de Santa Ana—, pasando por Alfredo Irarrázaval Zañartu —el poeta y bohemio protector de Rubén Darío— y Pedro del Río Zañartu, el escritor y viajero que donó su casa, parque y colecciones para formar el pintoresco Museo de Hualpén, la familia Zañartu creció en el siglo XIX con fuertes ligazones artísticas, las que no excluían colecciones de arte y antigüedades.

Otro aspecto personal, es que, a los 17 años, terminando el colegio en los Padres Franceses ganó un premio de la Academia Literaria que consistía, nada menos que en un viaje a Europa. En barco, caleteando, deslumbrándose con las silenciosas y doradas iglesias del Perú y también con el estruendo de las tormentas en medio del océano. Abrió los ojos, entonces, en el Louvre. Afortunadamente, en ese año de 1936 se exhibía "Arte Contemporáneo Español". Es decir, Picasso, Miró, Juan Gris...

Pero si Nemesio llegó a ser Nemesio es porque, luego de renunciar a la arquitectura —aunque tuvo la disciplina de titularse primero, e incluso obtener más tarde un master en la Universidad de Columbia— y dedicarse a pintar el fundo Lo Contador, cumbres de los Andes, quebradas de El Arrayán, fue capaz de partir y asumir la pobreza consiguiente. Pero, en especial, porque habiendo conquistado un lugar en las dos principales plazas del mundo entonces, París y Nueva York, volvió a Chile dispuesto a enfrentar y sobrevivir a quebrantos económicos o lo que fuera.

Venía de vuelta. Ya había sobrevivido al Bowery de Nueva York, la calle de “los que tienen perdida la fe”, ese mundo que recordaría *“miserable y horrible de gente gris de cara y de ropa, de muros y de pisos; allí estaban los emigrantes que no ‘hicieron la América’, borrachos tirados en las veredas, orinados sin control, viviendo para beber, solos, caminan y viven cada uno en su mundo en tinieblas”*. (Pág. 17, Carta Aérea, Nemesio Antúnez, Editorial Los Andes, 1988).

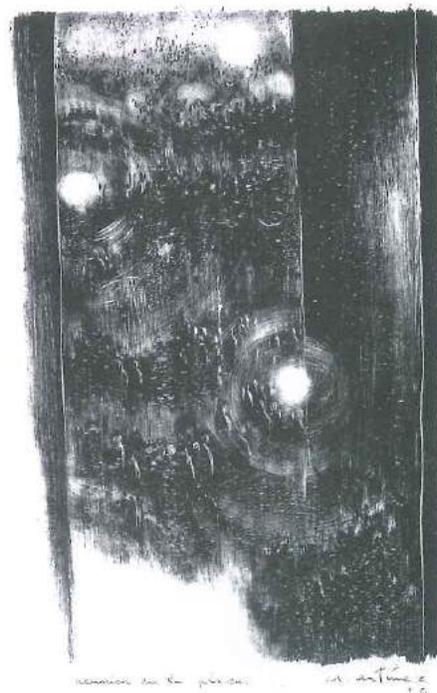
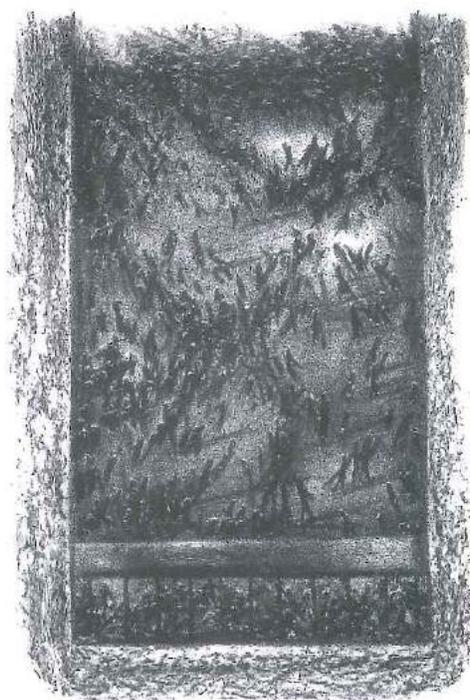
Lo ayudó su físico descollante de estampa fotogénica, luego telegénica —con su programa “Ojo con el Arte”— y, finalmente, de película, porque fueron dos los directores de cine, Raúl Ruiz, que necesitó a un patrón de fundo, y Costa Gavras, que lo hizo actuar de presidente de una república americana, los que lo llevaron al celuloide.

Fe en sí mismo, sólida autoestima, y un espíritu libre que lo hizo sobrevolar envidias y mezquindades —Neruda dijo que Antúnez encarnaba “la patria cristalina”— le permitieron vivir en el placer de lo suyo; viajar, crear, alentar a otros y repartir su intensa y refinada alegría de vivir.

Fueron innumerables los tocados por la fe de Antúnez. Tal vez la más célebre es Delia del Carril, la que luego de estudiar con Fernand Léger y William Hayter, figuras mundiales, se aleja del arte hasta que, mucho después, aislada y sola en su casa Michoacán de Ñuñoa, envejecida, la entusiasma Antúnez para que retome sus grabados, la lleva a su Taller 99 de calle Guardia Vieja, la empuja a exponer y vender, hasta que los esplendorosos caballos de la Del Carril comienzan a valorarse y venderse desde Buenos Aires hasta París, dándole una nueva vida a su autora. En Chile *“la compra de grabados se convirtió en una verdadera moda que entusiasmó a todos, las copias se vendían por cientos. Antúnez, Vilches, del Carril, Bru, Santos Chávez, Millar...”* (Pág. 178, Todo de-

Multitud, Ventana  
Litografía, 45 x 30 cm  
París 1951

Reunión en la Plaza  
Litografía, 33,5 x 22 cm  
París 1951



be ser demasiado, Fernando Sáez, Editorial Sudamericana, 1997).

Contento consigo mismo, nunca renegó de "este Chile". Por lo mismo, a pesar del luminoso París que le tocó vivir, y luego del nacimiento de Nueva York como potencia artística, compartiendo su agitado barrio con artistas jóvenes tan talentosos como Billy Hollyday, Louis Armstrong y Ella Fitzgerald, volvió al país a pintar sus cielos y volantines, montañas y canchas de fútbol, bares y manteles. Sus paisajes, lugares y gente.

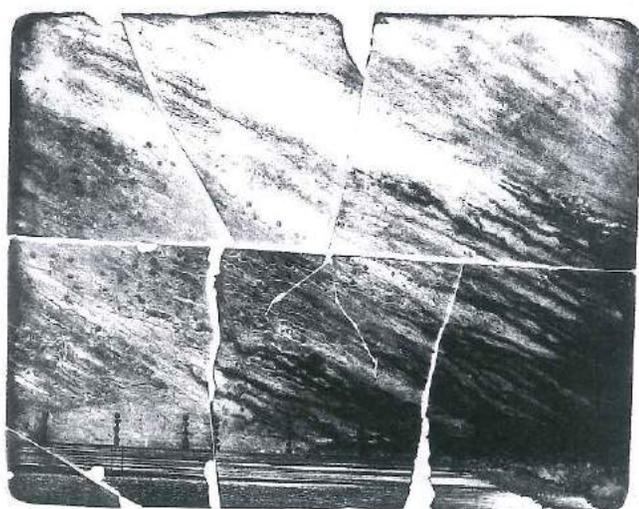
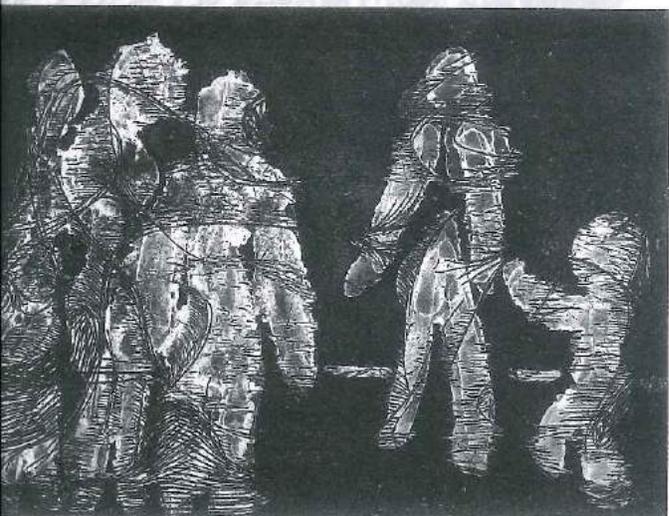
Crecieron juntos con Roberto Matta, desde que tenían pantalones cortos hasta la universidad. Matta no volvió, es una figura notable en el arte del siglo XX, siguió otro camino y, por supuesto, estaba en todo su derecho. Pero Nemesio, al que el propio y perspicaz Matta describió como "el encantador y re-organizador", se vino con estos dos talentos y los puso a disposición del arte en Chile. Encantó a través de la televisión, enseñando



**Maniatados III**  
*Aguafuente, 11.2 x 15 cm*  
New York 1949

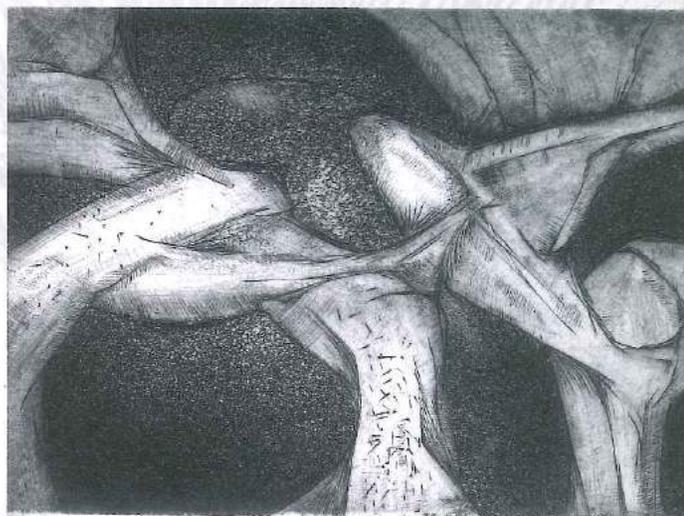
**Juegos Nocturnos**  
*Aguafuente, aguainta 11. x 15 cm*  
New York 1948

**La Moneda 1973**  
*Litografía, tinta, lápiz, 2 colores 43.4 x 55.2 cm*  
Santiago 1989



**Formas, Cielo**  
*Buril, rodillo duro, raspador;*  
 2 tintas 11 x 15 cm  
 New York 1948

**Maniatados II**  
*Aguafuerte, 11 x 15.4 cm*  
 New York 1948

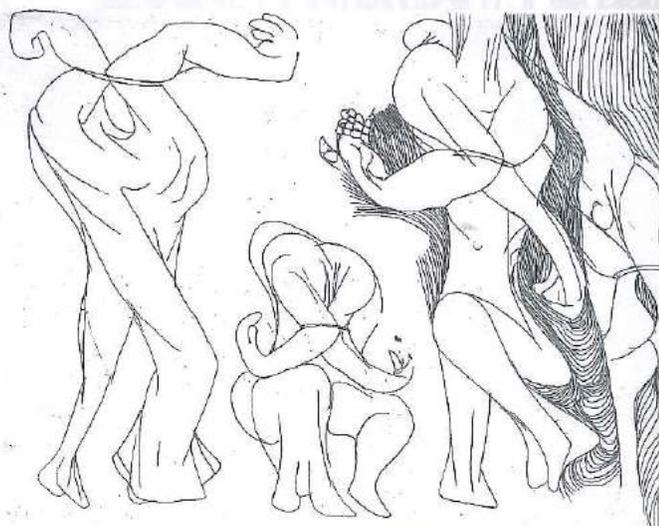


a mirar obras de arte, develando talentos poco conocidos, y con su poder de gestión y organización asumió la tarea de crear un taller de grabado contemporáneo —pionero en el país— y encabezó en dos períodos el Museo Nacional de Bellas Artes.

En el primero es cuando creó la Sala Matta, espacio necesario y homenaje voluntario, en el nombre del amigo que lo precediera en París y Nueva York, el que lo motivara a descubrir nuevos rumbos, el que no había vuelto, y que ahí quedaría, simbólicamente, incrustado en el museo del Forestal. La sala casi duplicaría la capacidad del lugar, permitiendo “muestras y montajes exigentes, así como la promoción de agrupaciones filantrópicas auxiliares y colaboradoras en la función administrativa”. (Pág. 178, *Escultura en Chile: otra Mirada para su Estudio*, Enrique Solanich, Edic. Amigos del Arte, 2000).

Según su hermano Enrique Zañartu —el que adoptó el apellido materno y se radicó en París—, para Nemesio fue fundamental el encontrarse con Neruda en esa ciudad en 1951 (*Artes y Letras*, *El Mercurio*, 20 de junio de 1993). Por entonces, deslumbrado todavía por Nueva York, estaba pintando unos óleos muy limpios y abstractos, paisajes urbanos que correspondían a las vistas de los rascacielos de Manhattan que veía desde su propio taller en uno de ellos, el City Dwellers.

Las conversaciones con el poeta lo hicieron revivir, recordar y añorar ese Chile que había recorrido ampliamente de norte a sur, al grado de provocar su retorno en 1953 y de despertar, para siempre, su interés en conocer y valorar la cultura popular chilena y sus escenarios, pasando por los volcanes y hasta llegar a la cueca y la cerámica de Quinchamalí



y Pomaire. Un valioso testimonio es su intervención de los pavimentos de la galería del cine Huelén, en el centro de Santiago, año 1958, la que rinde homenaje al trabajo de la greda cocida local.

Tras todo ello, diría él mismo, estuvo la influencia de la poesía de Neruda. Lo había conocido en México el año 1950, donde llegara sin medios, ante lo cual el poeta lo instaló en el closet, afortunadamente más grande de lo usual, de su propio dormitorio. Antúnez, cada mañana, se anunciaba: “Habla el pintor del closet, ¿puedo salir?...”

Después fue Francia: “*Vivimos juntos en París en dos talleres sobrepuestos. Viajé con él, estuve muy cerca suyo, hasta el día antes de su muerte. El también influyó la pintura chilena con el sentido que dio al cuerpo de Chile. Veía toda esa cosa orgánica. Nos dio una imagen que hasta cierto punto, reconozco, influyó en mis paisajes chilenos. He hablado asimismo con Matta, Zañartu (su hermano) y toda la generación estuvo marcada por esa imagen de Neruda*” (Cecilia Valdés Urrutia,



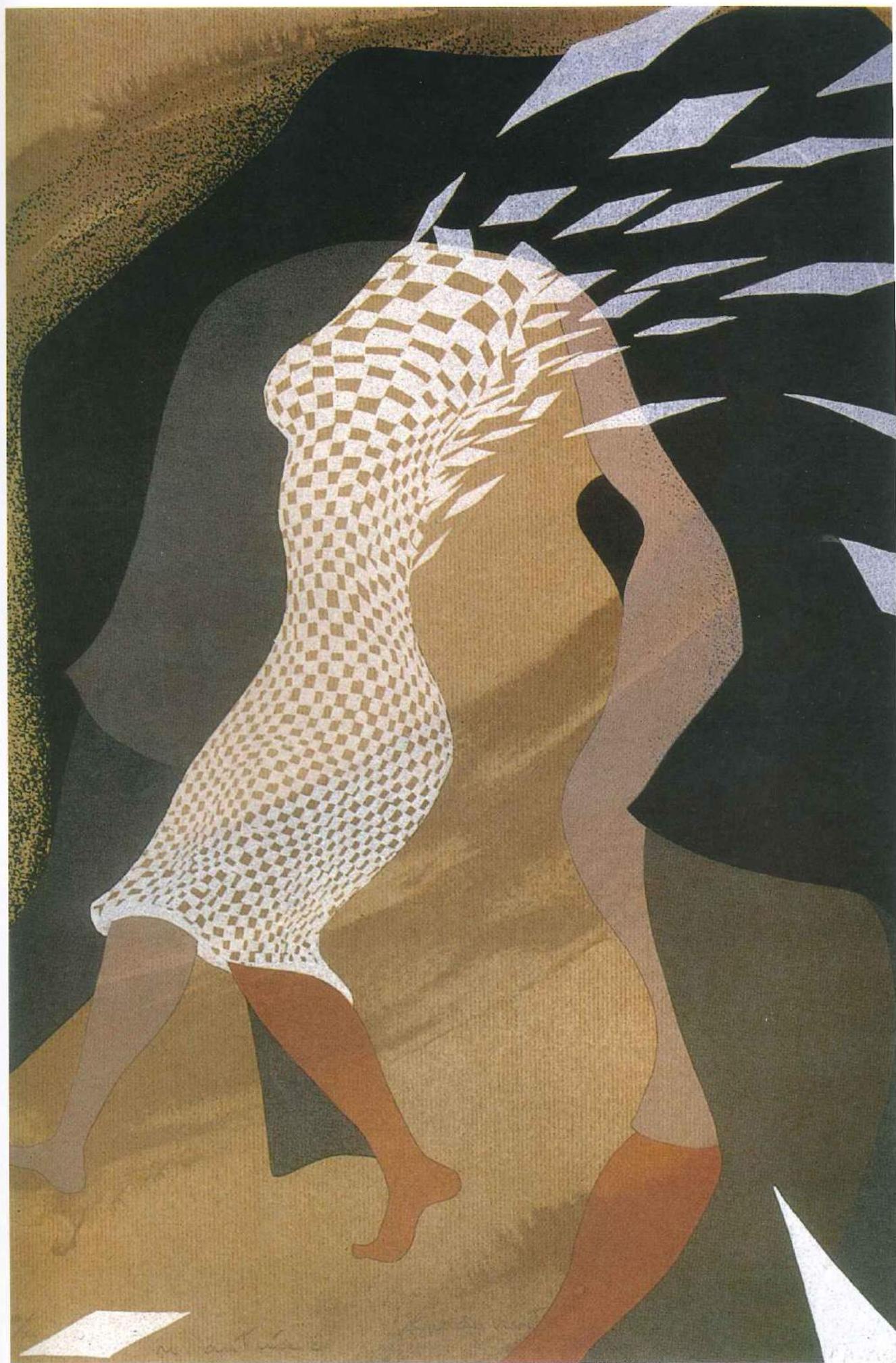
El vértigo  
Aguafuerte, 76 x 56 cm  
Barcelona 1988

Golpe de Viento  
Litografía, 76 x 56 cm  
Barcelona 1985

Artes y Letras, El Mercurio, 23 de mayo de 1993).

Neruda, para un catálogo de 1958 (Museo de Arte Moderno, Sao Paulo), le escribirá unas líneas risueñas, de poeta a pintor: "*A Nemesio Antúnez lo conocí verde, lo conocí cuadriculado, fuimos grandes amigos cuando era azul, mientras era amarillo yo salí de viaje, me lo encontré violeta y nos abrazamos cerca de la estación Mapocho, en la ciudad de Santiago*"...

Al regresar al país recobra la relación cercana con su otro hermano, Jaime, el escultor, y se lanza de lleno a su nueva orientación. En la calle Guardia Vieja 99, en una casa amplia y campesina, de inquilinos, que fuera del fundo de Ricardo Lyon en Providencia, recobra luces, colores, montañas, terremotos, gente. Desde entonces Nemesio creará, incluso, pensando en el chileno popular. A fines de los 60, de agregado cultural, en Nueva York una vez más, cómodo y productivo, lo llama el gobierno de Chile. Duda en venir, no ha parado de mudarse una y otra vez. Pero le dicen: "Hazlo por Chile"... Y se viene a dirigir un Museo para la gente, la gente de la calle.



Su programa de televisión, que duró un breve período entre 1971 y 1972 en el Canal 13, y que retomó en 1990 en TVN, tenía un referente clásico a la hora de decidir los temas con el equipo directivo. Si le parecía muy elítico el tema, se oponía explicando: "Esto no me lo van a entender en Curepto"...

Por lo mismo, cuando fue director del Museo Nacional de Bellas Artes en los años 60, entre todas sus acciones para hacer de éste un lugar vivo, de encuentro, se atrevió a iniciar conversaciones con el MOMA para traer la más importante exposición internacional vista en Chile, la que, justamente, llegó a ser la más visitada, la más popular, y, para muchos miles de chilenos, la primera que visitaron: "De Cézanne a Miró".

Que lo bello y lo hermoso se conociera y nos rodeara. Las obras de los grandes del mundo, y de los talentos locales, de los artesanos populares y de los niños, todo, todo le parecía —en lo suyo— igualmente placentero y valioso.

Lo de ser un "re-organizador" resultó profético. Así como dos períodos de "Ojo con el Arte", y dirigió el museo en dos oportunidades. A partir de 1969 y de 1990, su Taller 99, de grabado, lo fundó en 1956 y lo refundó en 1986. Testimonio vivo de su perseverancia e idealismo...

Al final de sus días, a principios de 1993 —murió en el mes de mayo—, el alcalde Jaime Ravinet le hizo entrega de la medalla Apóstol Santiago, principal de su ciudad natal, y el presidente de la época, Patricio Aylwin, de la Orden al Mérito Cultural, medalla Gabriela Mistral. (N. Antúnez, Catálogo Exposición Retrospectiva Museo Nacional de Bellas Artes, 1997). Fue reemplazado por Mario Toral en su sillón de la Academia de Bellas Artes; éste dedicó su discurso de incorporación al "amigo querido, al pintor magnífico y a su humanidad toda, difícil de ser reemplazada". Efectivamente, fue un individuo poco común; delicado, fino, hizo honor al viejo dicho: "La belleza está en el ojo del que mira". ☺

MIGUEL LABORDÉ

Colaborador El Mercurio desde 1981  
Editor Revista Universitaria PUC  
Director Sociedad Chilena  
de Historia y Geografía



La Discoteca  
Aguafuente, 56 x 76 cm  
Barcelona 1983